

Asociacionismo, mundo del trabajo y culturas populares en la Italia fascista¹

Maurizio Ridolfi

Università degli Studi della Tuscia, Italia

Fecha de aceptación definitiva: 8 de octubre de 2008

Resumen: La conquista fascista de la sociedad civil implicó una compleja relación de herencia con el pasado y con la tradición asociativa ligada a las culturas políticas populares. El régimen fascista intentó una «nacionalización de las masas». Se creó una red capilar de organizaciones para recomponer los intereses sociales en forma corporativa (sindicato, cooperación, etc.), a través de un modelo fuertemente burocrático y jerarquizado. Ejemplo fue la actuación realizada por la *Opera nazionale del dopolavoro*, creada para la promoción del ocio y de actividades recreativo-culturales. El fascismo promovió también instituciones con el fin de organizar tanto a los jóvenes como a las mujeres, entrando en competencia con la Acción Católica. Estaban en juego la educación de los italianos y la construcción de una nueva clase política.

Palabras clave: asociacionismo, corporativismo, cultura popular, tiempo libre, educación.

Abstract: The fascist conquest of the civil society involved a complex relationship of inheritance with the past and the associative traditions linked to the popular political cultures. The fascist regime tried a «nationalization of the masses». A capillary network of organizations was created in order to recompose the social interests in corporative forms (trade unions, cooperation, etc.), using a bureaucratic and hierarchical model. Exemplary was the action developed by the *Opera nazionale del dopolavoro*, created for the promotion of leisure time and recreational-cultural activity. Fascism promoted other institutions with the purpose of organizing both young people and women, rivaling with the Catholic Action. They were concerned about the education of the Italians and the construction of a new political class.

Key words: associationism, corporativism, popular culture, leisure time, education.

¹ Traducción de Aurora Martino y Rubén Domínguez Méndez. Este trabajo se inscribe dentro del dossier de historia comparada coordinado por la profesora Elena Maza, de la Universidad de Valladolid, directora del Grupo de Investigación de Excelencia *El franquismo. Análisis comparativo e interdisciplinar de la sociabilidad*.

La crisis del Estado liberal y la regimentación de la sociedad civil

El panorama social y político italiano tras la Gran Guerra está convulsionado por la aparición del movimiento fascista². El acto fundacional tuvo lugar el 23 de marzo de 1919, con la reunión, convocada por Benito Mussolini en Milán, de los antiguos *fasci*, junto a grupos de futuristas y antiguos *arditi* —grupo de asalto del ejército, que tuvo un papel destacado durante la contienda—. El resultado de este encuentro fue la creación de los nuevos *fasci di combattimento*³. Apenas tres semanas después, con el asalto y la destrucción de la sede del «*Avanti*», el diario socialista, nacionalistas y fascistas cometían un acto violento dotado de gran carga simbólica y premonitorio del método de lucha política armada que se anunciaba.

Fue en las zonas de Emilia y de la Padania donde primero se consolidaron. En las tierras del socialismo rural emiliano, la irrupción en escena de los *fasci* se produjo al beneficiarse del dramático enfrentamiento que se estaba desarrollando entre los planteamientos de los socialistas maximalistas y los socialistas agrarios, agrupados éstos en organizaciones de autodefensa⁴. Desaparecido el carácter «subversivo» de sus orígenes, por el cual se habían adherido a sus filas elementos republicanos y radicales, los *fasci* se erigieron en intérpretes de las aspiraciones de diferentes sectores sociales cuyo nexo de unión era un marcado antisocialismo, planteando como objetivo final la destrucción del adversario común. En la Padania, el conservadurismo del movimiento agrario tuvo un papel determinante a la hora de dirigir la sustitución del modelo liberal de representación política (donde los intereses son defendidos tanto en el parlamento y los entes locales, como en los organismos consultivos del Estado), mediante una estrategia basada en la aniquilación del tejido asociativo, sindical y político del enemigo de clase, a costa de la definitiva renuncia a constituir un partido agrario autónomo y de ligarse a una nueva forma de acción política encarnada por el *squadrismo* fascista. De este modo, el rencor al socialismo se difundió entre las clases rurales intermedias; ajenas a los circuitos asociativos proletarios y hasta entonces atraídas más por los sentimientos de hermandad campesina, liderados por republicanos y católicos, que por los tradicionales llamamientos paternalistas de los agrarios.

² Sobre la penetración inicial del movimiento y luego del Partido nacional-fascista en la crisis post-bélica del Estado liberal italiano, véase VIVARELLI, Roberto: *Storia delle origini del fascismo*, 2 vols., Bologna, Il Mulino, 1991; TRANFAGLIA, Nicola: *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, Utet, 1995; GRASSI ORSINI, Fabio y QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.): *Il partito politico dalla grande guerra al fascismo. Crisi della rappresentanza e riforma dello Stato nell'età dei sistemi politici di massa (1918-1925)*, Bologna, Il Mulino, 1996.

³ GENTILE, Emilio: *Storia del Partito Fascista (1919-1922). Movimento e milizia*, Roma-Bari, Laterza, 1989.

⁴ Véase D'ATTORRE, Pier Paolo: *Novecento padano. L'universo rurale e la «grande trasformazione»*, Roma, Donzelli, 1998, pp. 36 y ss.

Con el asentamiento fascista en el centro de la Padania y el ascenso de Mussolini al gobierno, la geografía del movimiento se extendió por las áreas centro-septentrionales (Marche y Friuli) y, sobre todo, por la Italia meridional donde, sin embargo, sólo la fusión con los nacionalistas y la intervención activa de los gobernadores civiles (*prefetti*) permitió un arraigo real, condicionado por la reproducción de las formas tradicionales y la capacidad de los notables liberales de asimilarse con el partido ganador⁵. Allí donde los grupos armados fascistas no consiguieron destruir de forma directa las sedes y la estructura del asociacionismo proletario, fueron el sentimiento de miedo y la esperanza de poder seguir defendiendo, aunque de forma mínima, las reivindicaciones tradicionales, los que guiaron la repentina incorporación de las ligas y estructuras territoriales a las filas del sindicalismo nacional fascista⁶; comenzando ya en la primavera de 1921 (en las zonas de Bolonia y Ferrara) a ofrecer un puerto de llegada a quienes estuvieran decididos a abandonar el barco y las filas de organismos ligados a otros partidos.

La conquista de la sociedad civil por el fascismo, con su homóloga y violenta versión en la esfera exclusiva de las instituciones estatales, comportó una compleja relación con la herencia acumulada y las tradiciones asociativas ligadas a las culturas políticas populares. Pese a la conquista del poder en 1922, para el fascismo italiano no fue sencillo construir una red de vínculos organizativos capaz de sustituir a las numerosas formas asociativas que durante la posguerra se ocuparon del plano social, recreativo y cultural⁷. Si la ocupación física de los espacios sociales y políticos resultó más fácil de lo esperado, la incorporación de las culturas asociativas al fascismo y el desarraigo de las tradiciones de sociabilidad popular, sedimentadas a lo largo de varias décadas, eran objetivos más difíciles de lograr; a pesar de que se llevó a cabo la construcción de una red capilar de organizaciones de masa, con el propósito de reconducir los intereses sociales mediante formas no conflictivas y corporativas. En cualquier caso, el régimen fascista cambió el orden autoritario original en un sistema totalitario mediante la centralización estatal de la vida pública, teniendo en el partido único el instrumento organizativo a través del cual condujo todas las demandas sociales y asociativas al marco de las instituciones.

Por medio de la Ley de noviembre de 1925, se hizo obligatorio que las asociaciones comunicaran todas las informaciones sobre su vida interna a unos

⁵ PONZIANI, Luigi: *Il fascismo dei prefetti. Amministrazione e politica nell'Italia meridionale 1922-1926*, Catanzaro, Meridiana Libri, 1995.

⁶ Véase los estudios de CORDOVA, Ferdinando: *Le origini dei sindacati fascisti 1918-1926*, Roma-Bari, Laterza, 1974; también *Verso lo Stato totalitario. Sindacati, società e fascismo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2005.

⁷ Para algunos estudios preliminares y de enfoque general, véanse las voces temáticas comprendidas en LUZZATTO, Sergio y DE GRAZIA, Vitoria (eds): *Dizionario del fascismo*, 2 vols., Turín, Einaudi, 2002.

gobernadores civiles a los que se dotó de amplios poderes de intervención; desde la disolución de las mismas asociaciones o la confiscación de sus bienes, hasta la determinación de sanciones pecuniarias o la detención de sus dirigentes. Por otro lado, mientras que la ley reclamaba una atención especial a las asociaciones secretas —la *Massoneria* en primer lugar⁸— y a aquellas que eran adversarias políticas del poder, en su aplicación se siguió la directriz de no tocar «*le associazioni, enti e istituti, che esplichino palesemente attività e perseguano fini puramente religiosi ed economici*» (las asociaciones, entes e institutos, que expliquen claramente sus actividades y persigan fines puramente religiosos y económicos). Se invitó, por el contrario, a golpear a «*le associazioni pseudo-culturali e pseudo-sportive che, sotto la veste apparente della cura dello sport e della cultura, nascondono spesso interessi di parte e coltivano finalità politiche in opposizione al regime*» (las asociaciones pseudo-culturales y pseudo-deportivas que, disfrazadas bajo el interés de ocuparse del deporte y la cultura, a menudo esconden sus intereses y promueven objetivos políticos contrarios al régimen)⁹.

En Italia la labor de «nacionalización de las masas», que se había iniciado con anterioridad en otros puntos geográficos incluso antes de la guerra, fue emprendida de manera capilar por el régimen fascista entre los años veinte y treinta. El proyecto de modernización autoritaria promovido por el fascismo desde el poder y el intento de nacionalización político-cultural de la población, se cumplieron a través de un rígido adoctrinamiento social. El uso estratégico de la tecnología (la mecanización de los transportes y el mito de la velocidad), y de los medios de comunicación de masa (la fotografía en primer lugar, pero también la prensa ilustrada, la radio y el cine), también incidieron profundamente en la redefinición de las formas y lugares de la vida pública italiana. Se delineó un «doble movimiento»: por un lado, la salida de algunas clases sociales (pequeña burguesía empleada y clases medias) de los «confines» espaciales preexistentes; pero por otro lado, para otros grupos sociales (el mundo campesino y obrero), el restablecimiento de jerarquías que, mientras tanto, se habían disgregado y vuelto a legitimar exactamente en nombre del regreso a las más arraigadas tradiciones (religiosas y familiares, de género o de papel social, cuando no de naturaleza folklórico-comunitaria).

En el marco más amplio del «teatro de masas» en el cual el régimen transformó los espacios públicos, las prácticas sociales y rituales de grupo sufrieron profundas

⁸ Consultense CONTI, Fulvio: *Storia della massoneria italiana. Dal Risorgimento al fascismo*, Bologna, Il Mulino, 2003, pp. 284 y ss.; y FEDELE, Santi: *La massoneria italiana nell'esilio e nella clandestinità, 1927-1939*, Milán, Franco Angeli, 2005.

⁹ «Applicazione della legge 26 novembre 1925, n. 2029 sulle Associazioni», circolare del Ministro degli Interni ai Prefetti. 13-II-1926, Ministero dell'Interno, G 1, busta 157, fascicolo 432, sottofascicolo 1. Archivio centrale dello Stato.

modificaciones. Estas premisas son el punto de partida para sondear de qué forma y en qué lugar se fueron definiendo los cambios relacionados con la vida pública, debido al impacto de las nuevas prácticas sociales promovidas desde las instituciones fascistas y a la «resistencia» de las antiguas formas de solidaridad de grupo dentro de las vivencias de los sectores populares. Sobre todo los años treinta representaron un momento de cambio. Fueron redefinidas las esferas de lo «privado» y de lo «público», así como la representación de los sujetos sociales¹⁰.

Una contradictoria modernización social y económica

Frente a las transformaciones económicas de las sociedades capitalistas —fuera de Italia se preparaban medidas de intervención social por parte de las instituciones estatales para mitigar los efectos de la competencia económica y reducir la conflictividad—, con el régimen fascista la reorganización de las relaciones económicas y productivas fue encauzada dentro de un marco burocrático y corporativo, basado en la colaboración por vía administrativa entre capital, técnicos y trabajo¹¹; un modelo de organización de las instituciones y de la sociedad que puede comprenderse mejor si lo comparamos con otros modelos coetáneos¹².

A la desmembración del universo asociativo proletario le correspondió el rápido engrosamiento de las filas sindicales fascistas. El nombramiento de Mussolini como jefe del gobierno prolongó este crecimiento. A lo largo de 1923, en las provincias rurales de Emilia, donde el *squadrismo* fascista había golpeado con mayor dureza, las agrupaciones fascistas ya se habían consolidado y adquirido las connotaciones de organizaciones de masas; al igual que habían hecho indisolubles los intereses de los representantes sindicales y los de la organización del partido. Si, a nivel nacional, los sindicatos fueron progresivamente privados de una efectiva libertad de acción y relegados a una condición secundaria respecto al partido y a la patronal, por lo menos durante buena parte de los años veinte y antes de la burocratización de la vida política de los años treinta, a nivel local la transformación de las demandas asociativas por parte del fascismo tuvo, necesariamente, que

¹⁰ He profundizado sobre estos temas en un trabajo anterior: *Interessi e passioni. Storia dei partiti politici italiani tra l'Europa e il Mediterraneo*, Milán, Bruno Mondadori, 1999, pp. 317-353.

¹¹ Entre los trabajos de síntesis véase GENTILE, Emilio: *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Florencia, La Nuova Italia Scientifica, 1995; DOGLIANI, Patrizia: *L'Italia fascista*, Milán, Sansoni, 1998; PALLA, Marco (ed.): *Lo Stato fascista*, Florencia, La Nuova Italia, 2001.

¹² Sobre los países de Europa meridional, para los cuales el fascismo representó un punto de referencia cuando no un verdadero modelo, véase MAZZACANE, Aldo, SOMMA, Alessandro y STOLLEIS, Michael (eds.): *Korporativismus in den südeuropäischen Diktaturen. Il corporativismo nelle dittature sudeuropee*, Frankfurt am Main, Vittorio Klosterman, 2005; DI FEBBO, Giuliana y MOLINERO, Carme (eds.): *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixisme i franquisme en perspectiva comparada*, Barcelona, Fondació Carles Pi i Snier d'Estudis Autònomic i Locals i CEFID-UAB, 2005; PASETTI, Matteo (ed.): *Progetti corporativi tra le due guerre mondiali*, Roma, Carocci, 2007.

relacionarse con la herencia de las culturas preexistentes. Incluso, a nivel territorial, en la medida que se observe la complejidad con la que se organizaron los intereses sociales y la vida pública —y, por lo tanto, al partido y al sindicato, y en algunos casos también su cooperación—, se podrá verificar mejor la utopía fascista de una sociedad unificada y la «calidad» de consenso con el régimen y con sus contradictorios intentos de modernización¹³.

Retomado el proyecto propuesto por Edmondo Rossoni, partidario de la conciliación de las partes enfrentadas bajo un sindicato «integral», el proyecto fascista de autoritaria recomposición de los intereses sociales y de sus representantes, comportó la asignación de cargos públicos obligatorios para los organismos nacionales por sectores. Mientras que en diciembre de 1923 ya se había definido un primer acuerdo, en octubre de 1925, con el pacto de palacio Vidoni estipulado entre la *Confederazione nazionale delle corporazioni sindacali fasciste* y la *Confederazione generale dell'industria*, las dos organizaciones se legitimaron recíprocamente como representantes exclusivas del mundo del trabajo y gestoras de las contrataciones colectivas; estableciendo, además, la abolición de comisiones electivas internas, la forma histórica de la presencia obrera dentro de las fábricas.

El resultado de este pacto fue la Ley del 3 de abril de 1926 sobre la disciplina de las relaciones laborales, en la que se establecía el reconocimiento jurídico y el control estatal de una sola organización sindical (la fascista) para cada empresa o categoría profesional, y prohibía tanto el derecho de huelga, como el cierre patronal. Según el principio de que cada interés tenía que ser identificado con los de la producción nacional, la ley se proponía la eliminación de los conflictos sociales entre trabajadores y empresarios, a través de la mediación estatal adecuadamente delegada en una magistratura del trabajo. Ésta fue la primera de una serie de medidas tomadas y destinadas a dar cuerpo institucional a la construcción de un régimen corporativo¹⁴; aunque, en realidad, bajo esta imagen, que fue uno de los mitos más promocionados por el régimen, la principal preocupación era tutelar a los empresarios y a los propietarios agrarios para evitar que se originasen enfrentamientos tanto en la fase de organización de la producción como en la de gestión de la mano de obra.

A pesar de la creación del *Ministero delle Corporazioni* en 1926, la perseguida construcción de organismos corporativos nacionales requirió un tiempo; de hecho, la Ley constitutiva no llegó hasta febrero de 1934. El texto de la disposición preveía la institución de 22 corporaciones, a las cuales correspondía la función de ser

¹³ Sobre el concepto, véase TRANFAGLIA, Nicola: «La modernizzazione contraddittoria negli anni della stabilizzazione del regime», en A. del Boca, M. Legnani y M. G. Rossi (eds.), *Il regime fascista. Storia e storiografia*, Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 127-138.

¹⁴ FRANCK, Louis: *Il corporativismo e l'economia dell'Italia fascista*, edición de N. Tranfaglia, Turín, Bollati Boringhieri, 1990.

los conectores entre las partes sociales, y que fueron divididas atendiendo, por un lado, a los ciclos productivos y, por otro, a las diferentes actividades profesionales.

La falta de respeto a las normas para la elección de los dirigentes, tanto del sindicato como de las corporaciones, acentuó los efectos de un creciente proceso de burocratización. El papel del sindicato, que desde noviembre de 1928 ya no estuvo representado por una sola institución sino por diferentes confederaciones nacionales agrupadas en sectores profesionales, resultó secundario respecto a las asociaciones nacionales de empresarios industriales y agrícolas, reduciéndose, sobre todo, a desarrollar un papel de control social y ser una limitada voz de las peticiones de los trabajadores¹⁵. De todas formas, la compleja correlación entre las diversas dimensiones de la cuestión no hace fácil dar una interpretación sobre la naturaleza de los sindicatos fascistas dentro del sistema de las relaciones industriales del régimen; nos basta pensar en las medidas de los años veinte para recomponer los conflictos de clase, pero también en la legislación social adoptada en la segunda mitad de los años treinta, siempre en el marco de una precaria nacionalización corporativa del mundo del trabajo. Sin embargo, éstos se convirtieron en uno de los instrumentos principales del Estado burocrático y autoritario fascista, ayudando a organizar el consenso y disminuir las tensiones sociales.

A partir de los años 1925-1926, otras iniciativas legislativas también anunciaban este proceso para incluir dentro del régimen a la sociedad civil y sus demandas; marcadas por la fuerte conflictividad social y política posbélica, a la que se quería desvitalizar en sus principios asociativos. Ni las asociaciones de los diversos sectores (*associazioni di categoria*), ni las instituciones territoriales —fueran estas privadas o públicas— pudieron permanecer inmunes. Análogamente a cuanto había sucedido con las organizaciones sindicales, también las asociaciones sociales y económicas fueron anexionadas a organismos nacionales con funciones públicas obligatorias. Privadas las centrales de los movimientos socialistas y católicos de reconocimiento jurídico y obligadas a su disolución, las distintas formas de cooperativismo fueron integradas en el *Ente nazionale delle cooperazioni*, instituido en diciembre del 1926. La misma suerte corrieron las cajas rurales, que habían continuado expandiéndose durante toda la posguerra, antes de sufrir los efectos de la crisis del pequeño crédito y las medidas disciplinarias impuestas por el régimen.

De este destino tampoco escaparon las instituciones locales, que en la década anterior y posterior al cambio de siglo habían representado los intereses del mundo productivo, como las cámaras de comercio y las asambleas agrarias.

¹⁵ Para una discusión sobre las orientaciones de los estudios véase RAPONE, Leonardo: «Il sindacalismo fascista: temi e problemi della ricerca storica», *Storia contemporanea*, 4-5 (1992); PEPE, Adolfo: «Il sindacato fascista», en A. del Boca, M. Legnani y M. G. Rossi (eds.), *Il regime fascista...*, op. cit., pp. 203-220.

Refundidos en los consejos provinciales de la economía en abril del 1926, éstos volvieron a las funciones originarias —por lo menos, en el caso de las cámaras de comercio— sólo tras la Segunda Guerra Mundial.

En las diferentes realidades territoriales, la «plasmación» del modelo administrativo y burocrático del régimen, centralizado e impuesto desde arriba, tuvo que enfrentarse a las tradiciones organizativas y culturas asociativas, hasta tal punto radicadas que no resultaban siempre asimilables al proyecto de unificación de la sociedad. Los estudios sobre los fascismos locales contribuyen a dibujar un cuadro interpretativo más articulado¹⁶.

En el caso de la provincia de Forlì, por ejemplo, en una realidad territorial esencialmente rural que favoreció la penetración del sindicalismo fascista —al igual que en la mayor parte del territorio regional de la Padania—, se ha observado que sólo superado el ecuador de los años veinte «*le organizzazioni sindacali fasciste subirono la concorrenza socialista e [...] repubblicana, tanto da doverne adottare metodi analoghi*» (las organizaciones sindicales fascistas «sufrieron» la competencia socialista y [...] republicana, hasta el punto de tener que adoptar métodos semejantes)¹⁷. En cambio, debido al predominio de las pequeñas y medianas industrias junto a laboratorios artesanales —por otro lado, un panorama típico de otras áreas urbanas de la Italia centro-septentrional—, en el sector industrial resultó menos fácil el encuadramiento sindical de carácter corporativo y centralizado¹⁸. También a lo largo de los años treinta, la organización sindical pareció estar sacudida por las tensiones clasistas provocadas por el crecimiento del malestar social y del paro¹⁹; a pesar de su subordinación al partido y de tener un papel esencialmente funcional en el proceso de racionalización de la producción, junto al de organizar el consenso mediante la participación en la gestión de las medidas de previsión y asistencia social.

Igualmente problemática se presenta la relación entre el proceso de ruralización activado por el fascismo y la sustancial subordinación de las actividades industriales, tanto de las élites agrarias como de sus instituciones de representación estatales²⁰. En las regiones de la Padania, las organizaciones sindicales —pese

¹⁶ Para preliminares líneas de investigación véase GALLERANO, Nicola: «Le ricerche locali sul fascismo», *Italia contemporanea*, 184 (1991), pp. 388-396.

¹⁷ DEGL'INNOCENTI, Maurizio: *La società unificata. Associazione, sindacato, partito sotto il fascismo*, Manduria, Lacaita, 1995, p. 64.

¹⁸ Con particular atención al caso de Milán, véase DE BERNARDI, Alberto: *Operai e nazione. Sindacati, operai e Stato nell'Italia fascista*, Milán, Franco Angeli, 1993.

¹⁹ Sobre las dos fases de la organización sindical fascista, antes de la «pacificación» a lo largo de los años veinte y durante la organización corporativa en los años treinta, véase SAPELLI, Giulio: «Per una storia del sindacalismo fascista: tra controllo sociale e conflitto di classe», *Studi storici*, 3 (1978), pp. 627-656.

²⁰ STADERINI, Irma: «La Federazione italiana dei Consorzi Agrari (1920-1940)», *Storia contemporanea*, 5-6 (diciembre 1978), pp. 951-1025.

a privárselas de una vida asociativa efectiva y de cualquier proceso de participación democrática— vieron cómo a la restauración contractual y a la «pacificación» de los años veinte les siguió un decenio en el cual las tensiones clasistas no pudieron ser siempre disimuladas, viéndose además alimentadas por los efectos de la gran crisis del 1929. El deterioro de las condiciones de vida, la disminución de los salarios y el problema, otra vez apremiante, del paro llevaron a tensiones sociales entre los aparceros (*mezzadri*) y los jornaleros (*braccianti*); una sucesión de signos explícitos que hablan de la insumisión al régimen o, por lo menos, de la incompleta integración en la red corporativa que encauzaba las relaciones sociales, con intereses de clase que parecían retomar el problema de una representación diferente, contradiciendo las utopías totalitarias del régimen.

Las dos claves de lecturas propuestas —continuidad/ruptura y ciudad/campo— pueden ser útiles para reexaminar el problema de las culturas y formas asociativas durante las dos décadas fascistas. De igual modo, parece que con mayor motivo valen para interpretar los hechos que tuvieron relación con el cooperativismo²¹. Si éste tampoco escapó a la doble dinámica de la destrucción de toda iniciativa asociativa con carácter político y del encuadramiento burocrático de unas instituciones a las que se había depurado de sus anteriores dirigentes y privado de su identidad clasista²², en algunas ocasiones pudieron subsistir espacios de autonomía para la gestión empresarial. No es casual que en la región de Emilia —donde, por lo menos en cinco provincias (principalmente en Reggio Emilia y Ravenna, pero también en Parma, Modena y Bolonia), las identidades asociativas populares estaban relacionadas con las cooperativas—, éstas gozaron de una particular atención por parte de los dirigentes fascistas locales en la búsqueda de un trampolín en la escala jerárquica del régimen.

Con todo, dentro de una reorganización general de su importancia y su papel económico —sobre todo en lo que se refiere al consumo, a la producción y al trabajo—, en favor de tareas de contención de las tensiones sociales y de organización del consenso, la implantación del fascismo no tuvo caracteres uniformes, dejando algún margen de acción. Aunque siempre en el estudio de un reajuste corporativo de las tradiciones asociativas, como fue el caso de la cooperativa agrícola de *Santa Vittoria* y de las lecherías gestionadas por cooperativas de Reggio, de los alquileres rurales en la zona de Parma y, sobre todo, de la *Federazione bracciantile ravennate*. En virtud de su significado simbólico, tras haber sido conquistada en un asalto traumático —ya lo hemos visto—, ésta fue preservada de la

²¹ SAPELLI, Giulio: «Cooperazione e fascismo: organizzazione delle masse e dominazione burocratica», en F. Fabbri (ed.), *Il movimento cooperativo nella storia d'Italia*, Milán, Feltrinelli, 1986, pp. 285-316.

²² Fue también el caso de las cajas rurales, guiadas por el movimiento católico: CAROLEO, Anna: *Le banche cattoliche dalla prima guerra mondiale al fascismo*, Milán, Feltrinelli, 1986.

disolución mediante la fusión de la *Federazione socialista* con el *Consorzio repubblicano*, siendo también mostrada por la propaganda fascista como un ejemplo a nivel nacional para la estabilización social y política del mundo rural. El cooperativismo, en definitiva, al contrario que en las décadas del cambio de siglo, no podía seguir considerándose como un factor más de civilización y de progreso, tanto en lo social como lo económico²³.

El proyecto de modernización corporativa y tecnocrática mostró una particular atención a las exigencias de los funcionarios y las profesiones técnicas. Si antes de la guerra ya se había solicitado una organización más racional de la burocracia, durante los veinte años que el fascismo copó el poder el papel de los funcionarios se fue afirmando tanto por la extensión de las actividades del Estado como por la protección que les aseguró el régimen. En las entidades paraestatales de nueva implantación y en las numerosas organizaciones que gravitaban alrededor del partido fue surgiendo una nueva burocracia, diferente de la tradicional formada antes de la guerra. En febrero de 1926, bajo el control del partido fue creada la *Associazione generale del pubblico impiego*, más tarde disuelta con la directa incorporación de sus ramas asociativas en el *Partito nazionale fascista* (PNF): para demostrar su naturaleza política y su vinculación a las estructuras del régimen de las que tanto presumía esta nueva burocracia. En el caso de las profesiones, el proceso para darles reconocimiento legislativo, empezado en los años posunitarios, fue completado con el régimen fascista²⁴. Sin embargo, a pesar de las posibilidades de empleo ofrecidas por los nuevos organismos públicos y la promoción social asegurada por la adhesión al partido y al sindicato, no pareció asentarse entre las profesiones liberales de mayor tradición la percepción de una creciente pérdida de status; una circunstancia enfatizada por la burocratización de las actividades intelectuales y técnicas, además del acceso siempre más amplio de profesionales a la esfera de los organismos y administraciones públicas.

Los funcionarios públicos y las profesiones intelectuales fueron de todas formas objeto de una particular promoción social, como si el proyecto de nacionalización perseguido por el fascismo fuera representado de modo ejemplar por aquel mundo. Si esto se reflejó en las mayores facilidades con las que contaron para acceder a los productos de consumo y en sus niveles de vida cotidiana²⁵, en realidad, a través de las redes del régimen se redefinieron los códigos de auto-reconocimiento de las elites.

²³ DEGL'INNOCENTI, Maurizio: «La cooperazione emiliana negli anni del fascismo», en M. Degl'Innocenti, P. Pombeni y A. Roveri (eds.), *Il PNF in Emilia Romagna. Personale, quadri sindacali, cooperazione*, Milán, Franco Angeli, 1988.

²⁴ TURI, Gabriele (ed.): *Libere professioni e fascismo*, Milán, Franco Angeli, 1994.

²⁵ Véase los estudios de SALVATI, Mariuccia: *Il regime degli impiegati. La nazionalizzazione piccolo borghese nel ventennio fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1992.

Esto fue lo que pasó con los clubes del *Rotary International*, cuya Sección italiana (núm. 46) constituida en 1925, la primera a nivel nacional en Europa continental, llegó a contar con 34 clubes y más de 1.600 socios antes de que fuera disuelta por el régimen en 1938²⁶. Por lo que se refiere a la longeva tradición de clubes «al modo inglés sólo para hombres» (*Società dell'Unione* y *Società del Commercio*), cuando el primer club del *Rotary* surgió en Milán en 1923 éste se fue afirmando como un lugar elitista, exclusivo, pero abierto a la modernidad que favorecía el encuentro entre la nobleza y la burguesía económica. El *Rotary* ofrecía un ejemplo de una sociedad que había superado los tradicionales compartimientos de clases y juntaba las elites decimonónicas con las nacidas en la guerra. El asentamiento en Italia, tras la Gran Guerra, de la denominada «internacional burguesa» de origen estadounidense, la de los *service clubs*, implicó la propagación de una idea tecnocrática e interclasista de la sociedad industrial, en Europa y sobre todo en Italia, seguramente más elitista y burguesa que en los Estados Unidos y mucho más preocupada por las amenazas del socialismo. El *Rotary* se fue afirmando como lugar de encuentro de profesionales y hombres de negocios, con una fuerte presencia de industriales, empresarios y financieros. Sin embargo, en los años del fascismo, antes de su forzada disgregación, fue un organismo elitista más aristocrático e intelectual que comercial, en definitiva el «luogo dove presentare e riaffermare ancora i valori del «vecchio continente» contro l'emergente cultura della massificazione» (lugar donde presentar y reafirmar todavía los valores del «viejo continente» contra la emergente cultura de masas)²⁷.

La configuración de la sociedad de consumo también en Italia, aunque solamente completa tras la Segunda Guerra Mundial, podía ser percibida ya a lo largo de los años treinta. Pero como ha observado Victoria de Grazia, «l'Italia fascista risultava ancora dominata da un regime di consumo borghese e governata dai gusti e valori di una piccola élite aristocratico-borghese» (la Italia fascista estaba aún dominada por un sistema de consumo burgués y gobernada por gustos y valores de una pequeña elite aristocrático-burguesa)²⁸. A ello contribuía, además, la persistente huella rural en la sociedad y el retraso en el proceso de modernización tecnológica. Más que en otro lugar, el Estado y el partido fascista desempeñaron un papel importante a la hora de condicionar las costumbres de los italianos y sus pautas de consumo, reconduciéndolas a finalidades de integración social y política.

²⁶ RAMBALDI, Elena: *Rotary International, a «Brotherhood of Leadership». Il caso italiano tra fascismo e primi passi della Repubblica*, Roma, Carocci, 2006. También SALVATI, Mariuccia: «Rotary e storia d'Italia fra le due guerre», *Annali ISAP*, 6 (1998); y RAINERO, Romain H.: «Il Rotary italiano dall'impossibile dialogo con il fascismo all'auto-scioglimento (1938)», en VVAA, *Il Rotary in Italia*, Génova, Erredi Grafiche, 2003, vol. II.

²⁷ *Ibidem*, p. 15.

²⁸ DE GRAZIA, Victoria: «Consumi», en S. Luzzatto y V. de Grazia (eds): *Dizionario del fascismo...*, *op. cit.*, vol. I, p. 356.

La red comercial de grandes almacenes no se podía comparar a las de los principales países europeos. A pesar de ello, en 1918 se inauguró en la ciudad de Milán la sociedad de grandes almacenes *La Rinascente*, que ya había tenido algunos precedentes con diversos establecimientos abiertos en otras ciudades por Ferdinando Bocconi. De ésta surgió en 1928 una cadena de ventas más popular conocida como la *UPIM* (acrónimo de *Unico prezzo italiano Milano*). A la sociedad de consumo se incorporaron las nuevas clases sociales. Los trabajadores de «cuello blanco», así como los cuadros técnicos y, por lo menos, una parte de los comerciantes, pudieron ver realizado el sueño de modificar su status social, pasando de la condición de *pequeños* burgueses al grupo de las clases *medias*²⁹.

Sólo en los años del conflicto, en el drama de una cotidianidad marcada por el hambre y por el miedo a la muerte, la mayoría de los italianos comenzaría a hacerse preguntas sobre las condiciones y sobre los costes de aquel modelo de modernización autoritaria.

La nacionalización del tiempo libre: «Opera nazionale del dopolavoro»

Detrás de la apariencia burocrática y propagandística del partido y sus numerosas organizaciones adyacentes —las obras sociales, en primer lugar³⁰—, se evidenciaba cierta fragilidad organizativa en las estructuras del poder fascista; a pesar de la sagaz incorporación de algunas de las tradiciones culturales comunitarias³¹. El amplio capítulo del tiempo libre y su uso representa un significativo ángulo de observación.

Si los lugares de reunión popular (*circoli popolari*) rehuían las prohibiciones o la confiscación de bienes sociales y no procedían a su autoliquidación, se llevaba a cabo una incorporación forzosa dentro de la *Opera nazionale del dopolavoro* (OND). Edificada sobre un modelo estadounidense, tomando como ejemplo la análoga institución creada en Alemania por el nazismo³², la *Opera* fue anticipada por el *Ufficio centrale del lavoro*, constituido a finales de 1923 en el ámbito de la *Confederazione dei sindacati fascisti*, y fue oficialmente creada en mayo de 1925 con el cometido de gestionar la promoción del tiempo libre y las actividades recreativo-culturales. Inicialmente bajo el control del *Ministero dell'Economia*

²⁹ A propósito de la «resistencia» del *salotto*, lugar típico de una sociabilidad nobiliaria y burguesa, en función del status pequeño burgués, véase SALVATI, Mariuccia: *L'inutile salotto. L'abitazione piccolo-borghese nell'Italia fascista*, Turín, Bollati Boringhieri, 1993.

³⁰ Para algunas preliminares orientaciones bibliográficas e interpretativas, en el citado *Dizionario del fascismo*, véanse las voces relativas a las obras del régimen fascista: «Opera nazionale dopolavoro (OND)», «Opera nazionale per la maternità e infanzia (OMNI)», «Opera nazionale balilla (ONB)».

³¹ Véase DE GRAZIA, Victoria: *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista. L'organizzazione del dopolavoro*, Laterza, Roma-Bari, 1981.

³² Véase LIEBSCHER, Daniela: «L'Opera nazionale dopolavoro fascista e la NS-Gemeinschaft Kraft durch Freude», *Italia contemporanea*, 211 (junio 1998), pp. 307-322.

nazionale, en 1927 la gestión de la *Opera* fue asignada al secretario del partido³³. Colocada entonces en un marco burocrático y jerarquizado, la *OND* desarrolló una importante función de control social, pero también incentivó de algún modo la promoción social, ya que las prácticas del tiempo libre fueron sustraídas a la jurisdicción del sindicato y adquirieron una dimensión prioritaria en las políticas públicas del régimen. De hecho, la *OND* conllevó consigo la inédita posibilidad de que aquellos que se habían quedado al margen del sistema tuvieran acceso al disfrute del tiempo libre. Basta pensar en el agrado con que los jóvenes vieron las secciones deportivas y culturales de la *OND*. Todo esto, considerando que la inscripción no era obligatoria y que en el ámbito local no faltaban márgenes de autonomía para las prácticas recreativas, respecto a una organización burocrática, incapaz de asimilar todas las expresiones de la cultura popular en las instituciones e ideología del régimen.

La idea originaria de la *OND* era hacer que las empresas industriales asumieran el control y el cuidado de los espacios y tiempos de la sociabilidad popular, quitando la iniciativa a las organizaciones de izquierda y a la Iglesia. La popularización del tiempo libre no significaba democratización de espacios y prácticas, ni tampoco monopolización de todos los lugares de la sociabilidad. El fascismo aplicó un tipo de «totalitarismo selectivo», tolerando al margen de la *OND* círculos privados y parroquiales. Las diferencias de clase permanecían, con una clase pequeño burguesa beneficiada de todas las facilidades que el Partido ponía a su disposición, pero excluida de los ambientes de la vieja y nueva burguesía profesional y propietaria³⁴. Se observa ambigüedad en la introducción de las mujeres en la socialización fuera de las paredes domésticas, en plena contradicción con el modelo de «esposa y madre ejemplar» lanzado por el fascismo³⁵. A comienzo de los años treinta, unas cien mil mujeres tenían acceso a las actividades deportivas, recreativas y espectáculos cinematográficos ofrecidos por la *OND*, pero siempre separadas de las actividades de los hombres.

A estas sociedades que gestionaban el tiempo libre tras la jornada de trabajo se les reservó, a instancias de la *Carta dello Sport*, la organización de las actividades recreativas practicadas por amplios sectores de la población: petanca, voleibol, canoa con asiento fijo, *palla al tamburello*, juego de la soga, y el juego de la

³³ Véase DE GRAZIA, Victoria: *Consenso e cultura...*, *op. cit.*, pp. 29 y ss.

³⁴ La nueva burguesía de empleados y profesionales, aunque no era hostil a mezclarse con las clases de extracción popular durante los actos oficiales y de reconocimiento al régimen, sí lo era en los momentos de encuentro después del trabajo, prefiriendo frecuentar los círculos de tenis y equitación. Véase RIDOLFI, Maurizio: «Gli spazi della vita pubblica», en G. de Luna, L. Criscenti y G. D'Autilia (eds.), *L'Italia del Novecento. Le fotografie e la storia*, vol. II, *La società in posa*, Turín, Einaudi, 2006, pp. 23 y ss.

³⁵ MELDINI, Piero: *Sposa e madre esemplare. Ideologia e politica della donna e della famiglia durante il fascismo*, Rimini-Florenca, Guaraldi, 1975.

volata (una mezcla de fútbol y rugby, que rescataba una antigua forma italiana de fútbol en la cual estaba permitido el uso de las manos, en contraposición a la «degeneración» inglesa donde exclusivamente se hacía uso de los pies). La *volata* tuvo una vida breve frente al entusiasmo popular por el fútbol. La *OND* promovía sobre todo actividades no agonísticas, juegos de origen italiano, de equipo con la clara intención de desanimar el espíritu competitivo individual y a su vez de educar a los practicantes en la disciplina del conjunto y la solidaridad de grupo, favoreciendo la educación moral. Los equipos defendían el buen nombre de la empresa que representaban. En cualquier caso, la crisis económica del 1929 y la expansión militar en África septentrional restó gran parte de las energías y fondos necesarios para sostener este tipo de iniciativas tal y como fueron concebidas.

También en la gestión del tiempo libre y en el consumo de los sectores populares, a pesar de que se ampliaran sus diversiones, el régimen mantuvo las rígidas divisiones de clase entre los grupos sociales. Con este contexto hay que relacionar las formas de «resistencia» cultural y existencial, halladas en los estudios sobre la cotidianidad popular, mediante la individualización de espacios privilegiados de relación (la familia y los circuitos amistosos y comunitarios). Dentro de la política autárquica y en relación con el grado de tutela de las clases medias, el régimen penalizó a la clase obrera tanto en el plano de sus reconocimientos sociales como en el terreno de las políticas de consumo. Fuera de la propaganda oficial, el trabajador sería representado por su función de productor. Las rentas obreras seguirán unas tendencias de crecimiento más bajas en relación con las de otros países occidentales, con la consiguiente contracción de su capacidad de consumo, incluso si se habla de los bienes alimenticios de primera necesidad³⁶.

La resistencia al inscribirse en la *OND* se verificó entre los trabajadores de las ciudades más relacionados con las prácticas de solidaridad y de clase de las asociaciones populares, como tuvo ocasión de observar Palmiro Togliatti: «*A Torino non trovate il dopolavoro negli antichi circoli rionali. A Novara sì. E li trovate anche nell'Emilia, nel Veneto, in Lombardia fino ai dintorni di Milano*» (En Turín no encontráis las agrupaciones para organizar el tiempo libre de los trabajadores en los antiguos círculos de barrio. En Novara sí. Y las encontráis también en Emilia, en el Veneto, y en Lombardía hasta los alrededores de Milán)³⁷. Precisamente, para el caso de Turín analizado por Luisa Passerini, disponemos de un pionero estudio de historia oral sobre la memoria obrera del fascismo y la vida cotidiana entre los años veinte y treinta. Analizados de manera crítica y confrontándolos con otras fuentes, los testimonios permiten una valiosa reconstrucción del pasado no tanto

³⁶ VENE, Gianfranco: *Mille lire al mese: la vita quotidiana della famiglia nell'Italia fascista*, Milán, Mondadori, 1989.

³⁷ TOGLIATTI, Palmiro: *Lezioni sul fascismo*, Roma, Editori Riuniti, 1974 [1935], p. 104.

por la sucesión de los acontecimientos —la memoria sobre secuencias temporales a menudo es engañosa—, sino por la capacidad de plantear preguntas sobre las formas de resistencia cultural frente al fascismo en el imaginario de las clases proletarias del Borgo San Paolo, lugar de asentamiento de la clase obrera fabril. Era una resistencia, ha escrito Luisa Passerini, que oscilaba «*tra compensazione simbolica di compromessi pragmatici e prefigurazione di libertà*» (entre compensación simbólica de compromisos pragmáticos y prefiguración de libertad)³⁸; es decir, entre la adaptación a los valores de orden impuestos por el régimen y la preservación de una autonomía cultural en la vida cotidiana, a través del recurso a las expresiones más habituales de la tradición popular: el canto, la mofa, el juego, el disimulo del verdadero sentimiento hacia el régimen³⁹.

Además, esta memoria privilegiaba los factores de identidad relacionados con el espacio y los lugares de trabajo, mientras que era menos usual recuperar la memoria del discurso político, durante el régimen ocultado y confiado a los estrictos circuitos íntimos, e incluso, a la clandestinidad antifascista. En el caso de las mujeres, los testimonios orales llegan a presentar también la elección de no tener hijos o tener pocos como una forma propia de resistencia al fascismo, contradiciendo la política de estimular fuertemente el crecimiento demográfico que promovía el régimen. El ámbito de la familia y de los parientes, así como el de las amistades y la sociabilidad comunitaria, también son unos espacios privilegiados para recoger las manifestaciones de aquel «antifascismo existencial» femenino, escondido detrás de diferentes y pequeñas señales de inadecuación a los valores del orden fascista⁴⁰.

De todas formas, fue en la construcción de una red asociativa capilar, despolitizada y privada de conciencia de clase (factores que habían sido esenciales en los populares círculos de recreo socialistas), donde la *OND* resultó ser un instrumento esencial en la construcción del consenso con el régimen fascista. Mientras que el universo asociativo socialista —con un carácter mixto: social y político al mismo tiempo—, aun sin una centralización organizativa, había contribuido a la difusión de una cultura de solidaridad en muchas áreas italianas, con la *OND* la nacionalización de las masas descansó sobre un abanico de instituciones deportivas, recreativas y culturales capaces de absorber gran parte de las formas de sociabilidad proletaria y popular ya politizadas. A finales de los años veinte, 2.700 círculos populares y socialistas habían sido incorporados a las 6.863 secciones de la

³⁸ PASSERINI, Luisa: *Torino operaia e fascismo. Una storia orale*, Roma-Bari, Laterza, 1984, p. 4.

³⁹ Véase, por ejemplo, GAGLIANI, Dianella: «Funerali di sovversivi», *Rivista di storia contemporanea*, 1 (1984), pp. 119-141.

⁴⁰ DE LUNA, Giovanni: *Donne in oggetto. L'antifascismo nella società italiana 1922-1939*, Turín, Bollati Boringhieri, 1995, pp. 228 y ss.

Opera, ampliada en los años treinta hasta contar, aproximadamente, con 21.700 secciones para el ocio (de barrios, municipios, empresas, rurales o genéricas)⁴¹.

Cumplida la tarea de anular el carácter político de las asociaciones populares y mientras se transformaba en *Casa del fascio* la que durante años había sido la *Casa del popolo*, símbolo del contrapoder proletario asumido como la forma de auto-representación de la comunidad, durante la segunda mitad de los años veinte el régimen instaló las secciones de la *OND* no sólo en las empresas y en los centros urbanos, sino que las extendió por todo el territorio (en los barrios, en la periferia rural de ámbito municipal o en el campo). Fue un fenómeno con una densidad asociativa significativa, sobre todo en el Piamonte, pero también en la Toscana, Lombardia y Emilia, además de Sicilia dentro de las áreas del *Mezzogiorno*⁴²; teniendo su apogeo en los primeros años treinta, en la fase aguda de la crisis económica, cuando la *OND* pudo desarrollar una función importante como amortiguador y válvula de escape de las tensiones sociales.

Habría que intentar entender mejor la relación existente entre los proyectos de nacionalización «pasiva» en las prácticas del tiempo libre arrojadas desde el centro hacia la periferia y la receptividad que mostraron las organizaciones locales del régimen y los sectores proletarios de estas zonas. En la región de Módena, por ejemplo, hacia la mitad de los años treinta existía una estructura para organizar el tiempo libre muy articulada, capaz de combinar la asistencia social —particularmente a la familia—, las escuelas de aprendizaje nocturno y técnico, las bibliotecas y el teatro popular, los grupos musicales, las actividades deportivas o la revalorización del folklore y de las fiestas comunitarias⁴³. Por lo menos durante los años treinta, cuando las desigualdades sociales acentuadas por la depresión económica obligaron a que la *OND* diluyera cualquier reivindicación de clase con una estrategia de atracción individual, su peso y función social fueron vitales para mantener el consenso con el régimen.

Mayores dudas, sobre todo fuera de los centros urbanos, surgen en relación con la capacidad efectiva del régimen para afirmar un nuevo modelo de agregación social, sustitutivo de la tradicional solidaridad popular y las prácticas de grupo que se reverberaban no sólo en los lugares de trabajo, sino, sobre todo, en la cotidianidad de la vida familiar y comunitaria⁴⁴. Pese a ello, no se puede

⁴¹ TRANFAGLIA, Nicola: *La prima guerra...*, op. cit., p. 444.

⁴² DE GRAZIA, Victoria: *Consenso e cultura...*, op. cit., p. 127.

⁴³ Sobre la relevancia de estas actividades socio-culturales, además de DE GRAZIA, Victoria: *Consenso e cultura...*, op. cit., pp. 190 y ss.; CAVAZZA, Stefano: *Piccole patrie. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo*, Bologna, Il Mulino, 1997.

⁴⁴ Para un caso ejemplar de estudio local —en la región de Emilia—, véase GRANA, Daniele: «La prevenzione del dissenso: la politica assistenziale del fascismo», en L. Bertucelli y S. Magagnoli (eds.), *Regime fascista e società modenese*, Módena, Mucchi, 1995, pp. 121-140.

tampoco minusvalorar que, a través de una intervención difundida y diferenciada según los contextos (empresarial, urbano o rural), y a pesar de enfrentarse con una invasora cultura paternalista, la nacionalización fascista del tiempo libre no tendía a integrar sólo las actividades asistenciales y recreativas tradicionales en una red estatalizada. Una vez que las diversas manifestaciones asociativas con intereses culturales habían sido reconducidas al sistema de control impuesto por el régimen, quedaban espacios disponibles tanto para el uso de las modernas formas de comunicación (el cine y la radio), como para otros géneros de entretenimiento y empleo del tiempo libre (teatro, excursionismo y deporte popular), que implantaban nuevos elementos de modernización a las tradicionales formas de relación social.

No debemos olvidar que, precisamente en el terreno del tiempo libre y de la acción educativo-cultural, existía otro potente sujeto colectivo, lo suficientemente condescendiente para poder convivir con el régimen pero celoso guardián de sus espacios asociativos: la Iglesia y la *Azione cattolica* (AC)⁴⁵. Todo un símbolo fue la competición que se estableció, durante los años treinta, entre las salas cinematográficas de la *OND* —que estaban montadas por asociaciones dependientes del partido—, y aquellas presentes en los recintos parroquiales —una red disimulada pero muy influyente— en la sombra de la retórica oficial del régimen, de la modernización en las formas de comunicación y más en general en la nacionalización del tiempo libre.

De este modo, a finales de los años treinta, cuando se hacía emergente el consumo cultural de masas, el fascismo tuvo que sufrir la competencia del mundo católico en las salas cinematográficas; al igual que, por otro lado, ya había ocurrido con los espectáculos de marionetas (*teatrini*). A nivel nacional, la correlación entre *OND* y las salas parroquiales era claramente favorable a la institución del régimen, con alrededor del 80% de las salas de proyección y casi el 90% de las butacas. Pero en algunas regiones la relación era inversa, estando en ventaja las salas parroquiales; en Lombardia (222 salas cinematográficas frente a 89), en el Véneto (112 frente a 61) y en el Piamonte (64 frente a 28), la diferencia era particularmente sensible⁴⁶. Era el indicador de una presencia católica discreta pero significativa, inserta en el tejido del régimen; sobre todo en el campo educativo y cultural, donde la Iglesia y sus estructuras aspiraban a preservar su tradicional hegemonía.

⁴⁵ TRANIELLO, Francesco: «L'Italia cattolica nell'era fascista», en G. de Rosa (ed.), *Storia dell'Italia religiosa. III. L'età contemporanea*, Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 257 ss.

⁴⁶ Sobre los datos citados, véase PIVATO, Stefano: *Clericalismo e laicismo nella cultura popolare italiana*, Milán, Franco Angeli, 1990, p. 174.

Jóvenes y mujeres: la educación de los italianos y la competencia con la Azione cattolica

En el proyecto de construcción del Estado totalitario, el fascismo dio impulso, por primera vez en la historia europea, a instituciones con el fin de organizar y movilizar tanto a jóvenes como a mujeres. En ambos casos, mientras el fascismo intentaba de manera siempre contradictoria crear su propia clase dirigente, chocaba con la presencia de la AC en el campo educativo, un terreno que la Iglesia no aceptaría abandonar. En este ámbito se produjo una competición continua y subterránea, que en algunos momentos salió plenamente a la luz.

La nueva sociabilidad fascista puso en el centro del escenario público a los jóvenes y su imagen de la juventud. Primero el movimiento fascista y luego el régimen, quisieron exhibir en los espacios públicos a sus jóvenes levas y alimentar tanto la retórica como la imagen de la *Juventud*, bien representada por su himno, uno de los símbolos de identidad por excelencia⁴⁷. Por otro lado, mientras el régimen difundía la imagen de una juventud asociada a la virilidad como valor supremo, se negaban derechos de ciudadanía política a los movimientos femeninos, que tanto habían luchado antes de la guerra por obtenerlos. De todas formas, se verificaron ocasiones hasta entonces inéditas para acceder al espacio público. En la condición femenina seguía existiendo, de hecho, una contradicción intrínseca entre la imagen preponderante que difundía la propaganda del régimen —paternalista y relacionada con la idea de la mujer como la portadora del equilibrio moral en el ámbito familiar—, y la difusión, en la medida de lo posible y a través de las nuevas pautas de consumo social y cultural⁴⁸, de una serie de factores que desafiaban la mentalidad y costumbres tradicionales, convirtiéndose en un reto potencial respecto al monopolio fascista del espacio público. El propósito principal del fascismo fue reconducir a las mujeres a las tradicionales funciones maternas y familiares; en este sentido se movió la política asistencial y demográfica del régimen, como fue clarificando también la creación en 1925 de la *Opera nazionale per la maternità e l'infanzia*⁴⁹.

El aprendizaje asociativo, encauzado en las organizaciones de masas del régimen, desarrollaba la promoción de la presencia femenina como una parte de las liturgias políticas; en cualquier caso, esto permitió su inusual presencia en la vida pública y una verdadera militancia política⁵⁰, sobre todo en el caso de las amas de

⁴⁷ MALVANO, Laura: «Il mito della giovinezza attraverso l'immagine: il fascismo italiano», en G. Levi y J. C. Schmitt (eds.), *Storia dei giovani, II. L'età contemporanea*, Roma-Bari, Laterza, 1994, pp. 311-348.

⁴⁸ DE GRAZIA, Victoria: *Le donne nel regime fascista*, Venecia, Marsilio, 1993.

⁴⁹ BRESCI, Annalisa: «L'Opera Nazionale maternità e infanzia nel ventennio fascista», *Italia contemporanea*, 192 (1993); DIXON WHITAKER, Elisabeth: *Measuring Mamma's Milk: Fascism and the Medicalization of Maternity in Italy*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2000.

⁵⁰ Sobre la movilización política de las mujeres, véase DITTRICH-JOHANSEN, Helga: *Le «militi dell'idea»*. *Storia delle organizzazioni femminili del Partito nazionale fascista*, Florencia, Olschki, 2002.

casa (*massaie*) de los núcleos rurales (agrupadas primero como sección femenina de los *fasci* y, desde 1933, como autónoma *Federazione nazionale fascista delle massaie rurali*⁵¹). Fue en aquel periodo, dentro del acentuado carácter demagógico y populista del *PNF*, cuando las concesiones dadas a las organizaciones de masas ajenas a los lugares de trabajo comportaron una especial atención hacia las mujeres, al igual que hacia los jóvenes y estudiantes universitarios.

El personaje clave de este proceso fue Renato Ricci. En el caso de los jóvenes, el fascismo efectuó una inversión estratégica; en primer lugar, como mito fundador de la identidad fascista y en la práctica encaminado a forjar la educación del «hombre nuevo»⁵²: un proyecto de pedagogía integral perseguido con ímpetu⁵³, con una red vertical de organizaciones de Estado por las que pasaban muchachos y adolescentes hasta su inscripción en el partido, auténtico ritual de paso hacia la vida adulta. En 1922, como organización anexa al partido, fue creada la *Opera nazionale balilla* (*ONB*, organización con carácter paramilitar que agrupaba a los chicos entre 8 y 14 años), convertida en autónoma en noviembre de 1926 y al año siguiente reconocida como organismo destinado al control de las actividades de gimnasia en las escuelas elementales y medias. La intención era la de hacer de la estructura escolar un lugar de aprendizaje pre-militar, alrededor de los principios educativos fascistas en vista de su futura adhesión al partido.

El carácter formativo y educativo, recreativo y asistencial de la *ONB* dejaba entrever la amplitud del proyecto pedagógico de masas diseñado por el régimen fascista; un proyecto que no sólo incluía actividades de apoyo en la escuela e invadía la organización de las actividades del tiempo libre, sino que, con la presidencia de Renato Ricci, desarrolló un espacio autónomo al partido donde se formaban los cuadros políticos. Sin embargo, también en este caso se llevó a cabo un proceso de burocratización, que primero hizo que la *ONB* se encuadrara dentro de los aparatos del *Ministero dell'Educazione nazionale* y después, en octubre de 1937, en la fase de aceleración del carácter totalitario del régimen, que fuera absorbida por la *Gioventù italiana del littorio*. Subordinada al secretario del partido, su estructura expresaba plenamente el espíritu totalitario de la educación estatal, según un rígido esquema que organizaba a los jóvenes por grupos de edad femeninos y masculinos, entre 6 y 21 años, en los cuales encontraban sitio los

⁵¹ WILSON, Perry R.: «Contadine e politica nel ventennio. La Sezione Massaie rurali dei Fasci femminili», *Italia contemporanea*, 218 (2000).

⁵² GAGLIANI, Dianella: «Giovinezza e generazioni nel fascismo italiano: dalle origini alla Rsi», *Parolechiave*, 16 (1988), pp. 129-158. Sobre un plan comparativo, véase GERMANI, Gino: «La socializzazione dei giovani nei regimi fascisti: Italia e Spagna», *Quaderni di sociologia*, XVIII/1-2 (enero-julio 1969).

⁵³ Véase GIBELLI, Antonio: *Il popolo bambino. Infanzia e nazione dalla Grande guerra a Salò*, Turín, Einaudi, 2005.

figli della lupa (6 a 8 años), los *balilla* (8 a 14 años), los *avanguardisti* (14 a 18 años), los *giovani fascisti* (18 a 22 años), así como las *piccole italiane* (8 a 14 años), las *giovani italiane* (14 a 18 años), y las *giovani fasciste* (18 a 22 años)⁵⁴.

El programa de estructuración del aparato ministerial, en el cual Ricci había trabajado, favoreció con diferentes iniciativas el desarrollo de las prácticas deportivas también fuera del ámbito escolar⁵⁵. De este modo, los más jóvenes podían adquirir, a la par que fortalecían sus músculos y su espíritu, conocimientos técnicos y profesionales de gran utilidad tanto en tiempos de paz como de guerra. Sin embargo, Ricci se había dado cuenta de que no todos los dirigentes locales daban el mismo peso a sus directrices, por lo que consideró oportuno fijar una serie de manifestaciones gimnásticas públicas que, según él, generarían un efecto estimulante. En este sentido, introdujo en la escuela elemental y media la celebración de unos eventos al finalizar el año escolar, y realizó encuentros provinciales de tipo gimnástico-deportivos en las especialidades preparadas por varios comités. Éstos últimos empezaron a promocionar encuentros frecuentes y a hacerse cargo de sectores deportivos específicos, con el desacuerdo del Vaticano que se limitaba a observar la creciente ausencia de los jóvenes en las funciones religiosas del domingo. De este modo, nacieron las primeras unidades de *Balilla* y *Avanguardisti alpini* de montañistas, marineros, ciclistas, excursionistas, etc.

Ricci también fue el fundador en 1932, en Orvieto, de la *Accademia Femminile*⁵⁶, a la cual se le concedió la misión de diseñar el modelo de vida que debían seguir las mujeres más jóvenes de acuerdo con la ideología fascista, antes de que entraran en la edad adulta y por ende en la esfera familiar en calidad de esposa y madre. El objetivo era crear unos «apóstoles» de la educación en clave fascista, a través de la *Accademia Femminile di Educazione Fisica e Giovanile*. Como para los alumnos diplomados de la *Accademia maschile* su destino era contribuir en la formación de los *Balilla* y de los *Avanguardisti*, para las jóvenes que salían de la *Accademia Femminile* el objetivo final era educar a las *Piccole e Giovani Italiane*. Una vez diplomadas e introducidas en los cuadros de la *ONB*, éstas, a través de la educación física, tendrían que aumentar la capacidad de resistencia del organismo y mejorar la formación estética de las niñas, siempre en función de su futura vida

⁵⁴ Véase *Istituzione della Gioventù del littorio*, también en CASALI, Luciano (ed.): *Partito, società e stato nei documenti del fascismo, del nazionalsocialismo e del franchismo*, Bologna, Clueb, 1995, pp. 178-180. Véase también ZAPPONI, Nicola: «Il partito della gioventù. Le organizzazioni giovanili del fascismo 1926-1943», *Storia contemporanea*, 4-5 (1982), pp. 569-633.

⁵⁵ BETTI, Carmen: *L'Opera nazionale balilla e l'educazione fascista*, Florencia, La Nuova Italia, 1984, pp. 134-137. Añádase KOON, Trachy H.: *Believe, obey, fight. Political Socialization of Youth in Fascist Italy, 1922-1943*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1985.

⁵⁶ MOTTI, Lucia y ROSSI CAPONERI, Marilena (eds.): *Accademiste a Orvieto. Donne e educazione fisica nell'Italia fascista 1932-1943. Documenti e saggi*, Perugia, Quattroemme, 1996.

de esposas y madres ejemplares. Ambas academias, en Roma y Orvieto, junto a la *Opera Balilla*, dependían del *Ministero dell'Educazione Nazionale*.

De todos modos, el protagonismo de las mujeres no estaba en sintonía con el carácter machista de las organizaciones del partido. En la condición femenina se hacía patente una contradicción intrínseca que se quedó sin resolver durante los años del fascismo; es decir, la falta de coherencia entre la tradicional imagen de la mujer difundida por la propaganda del régimen —esa imagen paternalista de una mujer que equilibraba moralmente el ámbito familiar—, y el modelo de mujer divulgado por la sociedad de masas europeas de los años treinta.

Si el nacionalismo y el fascismo habían causado cierta fascinación, también había sido porque parecían formar parte del nuevo horizonte que imponía la tecnología a la vida cotidiana, es decir por su imagen dinámica y vertiginosa. Los acontecimientos bélicos dieron un fuerte impulso a una nueva y particular representación de la cultura y una sensibilización social del cuerpo. Según el fascismo, el deporte femenino no tendría que modificar la estructura y la función natural del cuerpo y, por lo tanto, no había que crear mujeres masculinizadas y distraídas del ejercicio de la maternidad⁵⁷. Más que ninguna otra, las manifestaciones deportivas de masas eran las representaciones que mejor exaltaban la retórica fascista a través de una doble metáfora: la de Italia como «nación guerrera» y la del fascismo como atleta viril, joven y disciplinado, proyectado en la dinámica vida moderna⁵⁸.

El deporte tenía un papel predominante sobre el libro, sobre la cultura; se trataba de la supremacía de la fuerza física sobre la intelectual. Las representaciones venían exaltadas como actos heroicos. A alimentar dicha interpretación contribuyó la condición psicológica y política tras la Gran Guerra. El *shock* bélico y la carga emotiva de la «*vittoria mutilata*» aceleraron la difusión de una cosmovisión vitalista, viril y belicista. Son los años en los cuales prevalece una nueva conciencia entre los jóvenes: el *arditismo*, es decir el esfuerzo físico como acto moral. Y este *arditismo* se mezcló con el *squadristo* fascista, convirtiéndose en la modalidad política por excelencia del fascismo. *Arditismo* y *squadristo* constituyeron un binomio fuerte y característico de lo que suponía la representación cultural de la actividad física. Cuando el fascismo pasó de movimiento a régimen, volviéndose ideología de Estado, en el momento en que el *squadristo* de calle no tuvo razón de existir, el deporte se identificó con el fascismo y fue considerado una forma superior de expresión del «hombre nuevo».

⁵⁷ FERRARA, Patrizia: «Corpo e politica: storia di un'Accademia al femminile (1919-45)», en L. Motti y M. Rossi Caponeri (eds.): *Accademiste a Orvieto...*, *op. cit.*, pp. 53-56.

⁵⁸ PIVATO, Stefano: *L'era dello sport*, Firenze, Giunti, 1994, pp. 94-111.

La ONB consolidó una organización diferente de la educación física⁵⁹. Aun siendo un organismo ajeno, ésta consiguió penetrar y dominar también las actividades internas en la escuela, en especial el tiempo libre infantil y adolescente. En colaboración con la OND, la educación física y el deporte acabaron por implicar a los jóvenes no estudiantes. Las finalidades del proyecto fascista fueron cuatro. La primera, la de la salud física; indispensable para aumentar las capacidades productivas del país. La segunda tenía que ver con la preparación del ciudadano-soldado, acompañando el adiestramiento físico con una sólida cultura ideológica. La tercera estaba relacionada con la ocupación del tiempo libre; siendo el ejercicio físico y deportivo una práctica social institucionalizada para evitar el uso de ese tiempo en otro tipo de alternativas sociales. La última finalidad era lograr la socialización de los jóvenes y adultos, particularmente de los menos permeables al mensaje político directo; éstos se volvían «potenciales fascistas» mediante una primera implicación deportiva a la que seguía, posteriormente, la ideológica y cultural.

Frente a la acción desplegada por el régimen hacia los jóvenes, los universitarios y las mujeres, la Iglesia y la AC no rehuyeron la aceptación del desafío. Si los orígenes de los movimientos de AC se remontaban a la segunda mitad del siglo XIX, en Italia la denominación oficial de «*Azione cattolica*» había tenido su primera manifestación a nivel diocesano en 1905 y a nivel nacional en 1915. En virtud de la reforma organizativa promovida por Pío XI en 1923⁶⁰ —mediante un modelo de asociación que se mantendría en sus puntos fundamentales hasta el Concilio Vaticano II—, durante las dos décadas del fascismo en el poder la AC salvaguardó su propia autonomía, a pesar de que no pudo desarrollar actividades ajenas a la esfera asociativa del régimen⁶¹. Desde mediados de los años treinta hasta la disolución del poder fascista, ésta fue punto de referencia obligatorio de cuantos se habían dedicado a las actividades económico-sociales y con anterioridad se habían inscrito en las federaciones integradas en la disuelta *Confederazione italiana dei lavoratori*. La despolitización y la primacía de los factores religiosos comportaron también una reorganización de la AC, ya no sobre objetivos específicos sino a través de una división de los inscritos en razón de los datos del registro poblacional y de los factores generacionales.

De hecho, las asociaciones de la AC constituyeron un efectivo contrapeso a las organizaciones del régimen, alcanzando a todos los sectores de la sociedad: a los varones adultos después de que en 1922 surgiera la *Federazione italiana degli uomini cattolici*; a las mujeres con la *Unione femminile*, surgida a principios del

⁵⁹ BETTI, Carmen: *L'Opera nazionale...*, op. cit., pp. 123-126.

⁶⁰ FORMIGONI, Guido: *L'Azione Cattolica Italiana*, Milán, Ed. Ancora, 1988.

⁶¹ BORZOMATI, Piero: *I giovani cattolici nel mezzogiorno dall'unità al 1948*, Roma, Studium, 1971, p. 133.

sigo XX y encargada de la coordinación de *Gioventù femminile*, grupos de universitarias y *Unione delle donne*; a los jóvenes, con el cambio en 1931 de la histórica *Società della gioventù cattolica* en *Gioventù italiana dell'Azione católica*; y finalmente, a los estudiantes mediante la *Federazione universitaria cattolica italiana*, aparecida en la fase originaria del movimiento católico, y desde 1922 a través del *Movimento dei laureati cattolici*.

Fue, sobre todo, en el ámbito de los diferentes grupos juveniles donde se jugó una partida importante entre el régimen y el mundo católico. Si la AC permaneció inmune a las medidas de creciente adoctrinamiento de los jóvenes, en ejecución de un Decreto Ley de enero de 1927 que prohibía las organizaciones juveniles no pertenecientes a la ONB (epicentro de la política fascista con respecto al papel tradicional de la familia y de la religión en la sociedad), en cambio fue disuelta la *Federazione delle associazioni sportive cattoliche italiane*. Además, fueron tomadas diferentes medidas para evitar las actividades de la *Associazione scoutistica cattolica*, constituida en enero de 1916, con la misión de proteger el carácter educativo-religioso de un movimiento de origen anglosajón que se había empezado a introducir en Italia.

Cuando en junio de 1931 se encendió un áspero conflicto entre el régimen y la AC por el control de la hegemonía en la educación de los jóvenes, el cierre temporal de los círculos de la AC subrayó, claramente, la importancia de la pugna con las organizaciones fascistas. Pero en pocos meses, a través de una complicada obra de mediación, la armonía entre los intereses de la Iglesia y las exigencias de estabilización del régimen fue reencontrada. Las sedes de las asociaciones católicas pudieron entonces retomar su actividad, a condición de que se limitara la presencia de laicos en los organismos dirigentes de la AC. Estaban salvaguardadas las condiciones mínimas para que, resguardándose del régimen, pudiera llevarse a cabo la formación de la segunda generación de políticos procedentes de las filas católicas⁶².

La confrontación entre estos antagónicos modelos educativos también tuvo como escenario la Universidad. Se contraponían los estudiantes de las organizaciones de masas del régimen —los *Gruppi universitari fascisti*— y los de la Fuci (*Federazione universitaria cattolici italiani*), que alrededor de los años treinta contaba con un número de inscripciones minoritario pero significativo, en particular entre las alumnas (alrededor del 10% de la muestra femenina universitaria). De un modo más general, a través de una red de asociaciones educativo-religiosas, cuyo funcionamiento fue bueno, y mediante espacios físicos para desarrollar distintas formas de sociabilidad desde las parroquias, en los años treinta los católicos

⁶² GIUNTELLA, Maria Cristina: «I fatti del 1931 e la formazione della *seconda generazione*», en P. Scoppola y F. Traniello (eds.), *I cattolici tra democrazia e fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 1975, pp. 185-234.

reforzaron su influencia y se crearon las condiciones favorables para difundir su verdadera hegemonía cultural y política. Gracias a la clase dirigente formada durante estos años⁶³, la elite católica tuvo la posibilidad de mostrarse plenamente en la Italia republicana.

⁶³ Sobre el rector de la *Università Cattolica* y sobre su acción, dirigida a valerse del fascismo para empezar la reconquista de la sociedad italiana a la Iglesia, véase BOCCI, Maria: *Agostino Gemelli rettore e francescano. Chiesa, regime, democrazia*, Brescia, Morcelliana, 2003.